

PENSAR EL SIDA

Esto no es una guerra

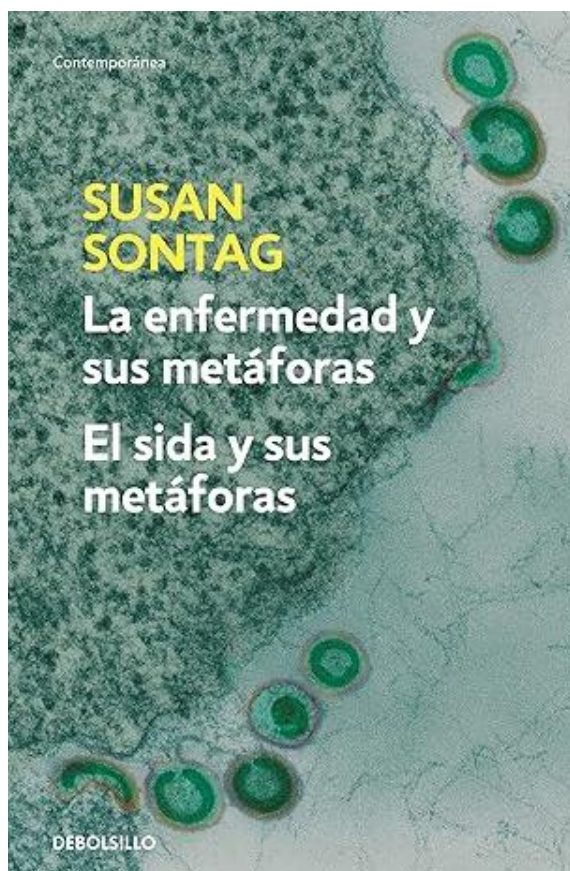
Luis Manuel Arellano

A lo largo de la historia, más de 1,300 millones de hombres y mujeres han muerto por la masiva propagación de virus, bacterias y parásitos. La narrativa de estos flagelos incluye alertas sobre peste negra, cólera, gripe, viruela, sarampión, tuberculosis, lepra, fiebre amarilla, malaria, sida y covid. El temor al contagio ha generado estigmatización y rechazo hacia las enfermedades.

La escritora neoyorquina Susan Sontag (1933-2004) escribió un ensayo intitulado *La enfermedad y sus metáforas*,¹ que explica cómo la pérdida de la salud ha quedado vinculada a múltiples significados, por lo regular de tipo moral.

La corrupción, la putrefacción, la polución, la anomia y la debilidad del cuerpo convierten la enfermedad en metáfora, señaló Sontag, advirtiendo que la enfermedad igualmente se adjetiva: “se dice que algo es enfermizo para decir que es repugnante o feo”. Diagnosticada con cáncer, la ensayista y crítica de arte propuso en ese trabajo —publicado en 1978— eliminar de significados las neoplasias malignas para evitar que los pacientes de cáncer, extraídos del mundo de los sanos, se hundieran en el mundo de los enfermos.

Cuando Nueva York resintió los estragos del sida a partir de 1981, el ensayo de Sontag adquirió relevancia porque la nueva epidemia se vinculó a metáforas no solo de enfermedades anteriores, como la sífilis y el cáncer; también generó sentimientos de odio, discriminación y culpa contra las personas afectadas, particularmente hombres homosexuales, cuya población empezó a concentrar los casos.



En una sociedad tan conservadora como la norteamericana, el sida fue ideologizado y punta de lanza para justificar no solo la homofobia, sino el rechazo a todas las reivindicaciones sobre el cuerpo libre, el feminismo, el aborto y el uso de sustancias psicoactivas. Mientras la ciencia y los servicios médicos se empeñaron en comprender y atender la epidemia, el gobierno norteamericano asumió esa alerta sanitaria como un problema de gobernabilidad, con lo cual implementó medidas prohibitivas y coercitivas ignorando la movilización comunitaria que demandaba sensibilidad y recursos para hacerle frente.

En este contexto, Sontag publicó en 1989 otro ensayo titulado *El sida y sus metáforas*,² alertando sobre el riesgo de enfrentar las enfermedades desde una perspectiva militar.

El ensayo de Sontag fue una bocanada de aire fresco ante un gobierno beligerante decidido a ser potencia mundial, que invadía otros países e impulsaba una profunda carrera armamentista. La Casa Blanca veía enemigos por todos lados, mantenía la llamada “guerra fría” contra la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y enfrentaba disidencias internas. ¿Puede alguien sorprenderse de que abriera una guerra contra el sida?

El sida y sus metáforas propuso dejar de considerar que las enfermedades nos invaden: “El cuerpo no es un campo de batalla. Los enfermos no son las inevitables bajas ni el enemigo... no estamos autorizados a defendernos de cualquier manera que se nos ocurra. Y en cuanto a esta metáfora, la militar, yo diría, parafraseando a Lucrecio: devolvámosla a los que hacen la guerra”. Con este mensaje concluye el ensayo de Sontag.

En los años ochenta la letalidad del sida fue grande: no había cura, se transmitía sexualmente e impactaba en poblaciones previamente estigmatizadas. Sontag contribuyó a reflexionar de forma estructurada y con perspectiva histórica el proceso de adjetivación que la nueva epidemia estaba recibiendo. Pero **El sida y sus metáforas** no impactó en la esfera de la medicina ni, mucho menos, en la política norteamericana. El gobierno de Ronald Reagan fue tozudo desde el principio. Bloqueó intervenciones preventivas del VIH sin disimular su abierto rechazo a los reclamos del movimiento gay y respaldó una enmienda del senador conservador Jesse Helms, por la cual el Congreso aprobó, en 1987, prohibir a extranjeros con VIH ingresar a los Estados Unidos, medida que duró 22 años, hasta que el presidente Barack Obama la levantó.

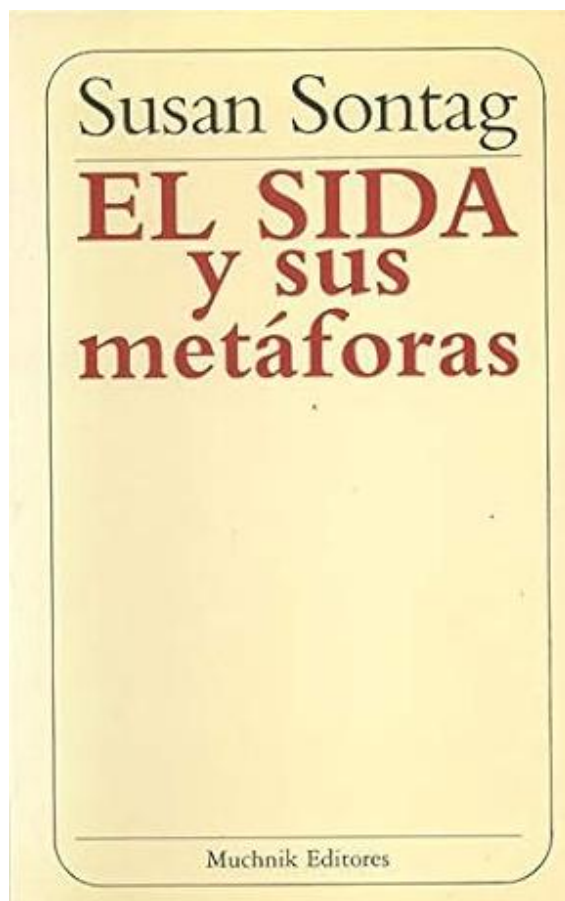
Sorprendentemente, el ensayo de Sontag no denuncia la ideología conservadora norteamericana ni sus medidas para imponer una visión esquemática sobre la salud, el cuerpo y la sexualidad; la escritora asumió esa crítica varias veces años después. Fue significativa su postura sobre la tortura de prisioneros en la prisión iraquí de Abu Ghraib por parte de militares norteamericanos y, por extensión, en la prisión de Guantánamo, en Cuba. Es necesario señalar que, pese al conservadurismo de la Casa Blanca, han destacado investigadores, científicos y médicos norteamericanos en la construcción de políticas sanitarias que parcialmente controlan la epidemia, incluso en varias regiones del mundo.

La ideología conservadora norteamericana se mantiene. Existe un enorme paralelismo entre las medidas tomadas por Ronald Reagan y luego por su sucesor en el cargo, George Herbert Walker Bush (conocido como Bush padre), y las administraciones de Donald Trump.

El actual mandatario norteamericano ha recortado gastos internacionales para prevenir y atender el VIH/sida y ha debilitado la agencia USAID, que coordinaba las intervenciones para controlar la epidemia en países pobres. Por si fuera poco, el Departamento de Salud está dirigido por Robert F. Kennedy Jr., quien ha cuestionado en el pasado que el VIH sea causante del sida. Trump ya amenazó con suprimir el “Plan de Emergencia del Presidente de EE. UU. para el Alivio del SIDA” (PEPFAR), creado en 2003.

Frente al sida, el legado intelectual de Susan Sontag es enorme, porque la metáfora militar que ella denunció sigue definiendo el posicionamiento ideológico mundial frente a la epidemia a través de la industria farmacéutica, con el aval del Programa Conjunto de las Naciones Unidas sobre el VIH/Sida (ONUSIDA). Cuando Sontag escribió su ensayo ya se administraba como monoterapia la zidovudina (AZT), que, por sus efectos tóxicos, vinculó la metáfora de la guerra con una metáfora clínica, aunque no solo en ese ámbito.

En el activismo contra el sida permeó la metáfora militar. La medicina también la emplea y, al paso de los años, los efectos secundarios de los antirretrovirales y de las infecciones oportunistas sumieron, de forma inevitable, al cuerpo en un campo conceptual de batalla. Los pacientes están convencidos de que el VIH es una invasión.



Todavía no hay cura ni vacunas preventivas. Al menos no se han anunciado. Lo que sí existe es una diversificación del mercado de antirretrovirales ofrecidos como profilaxis a quienes no tienen el virus. El cuerpo no ha dejado de ser un campo de batalla en una agenda de reivindicaciones que crece: el derecho a decidir, el alquiler de vientres, el uso de tatuajes y piercings, la terapia hormonal para afirmación de género, el consumo de sustancias psicoactivas, la construcción de una identidad no binaria, la violencia sexual, la trata. "Son cuerpos que importan", dirá más tarde Judith Butler.

Transformado en el eje de una disputa donde se impone y se resiste, la mirada beligerante sobre el cuerpo requiere reflexionarse. Hoy más que nunca. La forma en que Sontag pensó el sida tiene vigencia. No habitamos campos de guerra. Se necesita entender que un cuerpo con VIH, o con la sombra de ese virus, puede existir de muchas otras formas.

Referencias

1. Sontag S. La enfermedad y sus metáforas | El sida y sus metáforas. Buenos Aires: Debolsillo, 2012. Disponible en: https://books.google.com.mx/books?id=mSLOW_xS79QC.
2. Sontag S. El sida y sus metáforas. Barcelona: Muchnik Editores, 1989. Disponible en: <https://books.google.com.mx/books?id=s2K5PAAACAAJ>.